

Los equilibrios desequilibrados

Ec. H.Tajam, Ec. G.Cultelli, D.Reyes y P.Sosa

www.economiapolitica.uy

*“Suavemente se ha ido imponiendo un discurso bastante generalizado, un nuevo sistema de creencias. Ese discurso dominante está planteando que la MACROECONOMÍA tiene que, guiar a la política, y que esta, la política, queda de hecho relegada a atender los problemas laterales, consecuencias del mercado. En definitiva el compás fundamental de lo que acontece, lo tiene que marcar... la macroeconomía, que se encarga de los equilibrios, según las etapas del ciclo económico para mantener **lo más estable posible el rédito del Capital** y con él, las posibilidades de inversión....”* Pepe Mujica (“Conciencia Sur” publicado en www.mpp.org.uy 20/3/2017)

Por más que la historia grite lo contrario, esta forma de plantear la economía (y la política), se nos impone como única, siendo parte del discurso hegemónico. Es una de las corrientes económicas más pobres teóricamente, pero en virtud de la fuerza de los intereses que termina defendiendo a ultranza, se ha vuelto omnipresente.

Hoy tenemos un ejemplo claro con el discurso sobre el déficit fiscal. Algo así como que el déficit fiscal del 4% es igual a se acaba el mundo. ¡Qué horror, peligran los “equilibrios”! En realidad a los “equilibrios” no les pasa nada. Si atendemos a otras visiones de la ciencia de la economía política, veríamos que la sociedad en que vivimos, nunca fue equilibrada y jamás tendió a ello. Es que no existe desequilibrio mayor, que la propia existencia del sistema basada en la obtención de masas cada vez mayores de ganancias, acumulando riquezas en un polo de la sociedad y pobreza en el otro, más allá de las desviaciones puntuales que de esa tendencia puedan sucederse.

El Cuco del Déficit y el año 2016.

El año 2016 tuvo un crecimiento del PBI del 1,5%. Ese nivel está por debajo del promedio anual 2005 y 2015 (5%). Pero está muy alejado de la catástrofe anunciada que vinculan al déficit fiscal. Es posible que el estancamiento de los años recientes, haya sido superado, aunque levemente.

No puede dejar de mencionarse que la suerte está corriendo de la mano de las pocas empresas públicas. He aquí la importancia, no solo de la determinación de condiciones internas, globalización y la crisis mediante, sino también de la importancia de lo

público sobre lo privado. ¡Vaya si habrá tenido que ver la política y los movimientos sociales en este resultado!

¿Qué hubiera pasado si hubiéramos dejado privatizar nuestras empresas públicas en pro de un frágil equilibrio fiscal coyuntural? Los discursos de aquellos años, hablaban de la “ineficiencia” de lo “público” y por tanto el “costo” del Estado. Eran ellos que las estaban matando para cubrir sus propios déficit, relacionados al modelo financiero que nos hacía cada vez más dependientes. ¿Y si no hubiera cambiado el gobierno desde el 2005, no solo salvando, sino que desarrollando esas empresas?. Claro que los defensores de la “macroeconomía y sus equilibrios”, liberales y neoliberales, con estas cosas (y otras vinculadas a la distribución e incluso fuentes de ingresos), se agarran la cabeza.

Un 60% del aumento del PBI se lo debe al sector “Electricidad, gas y agua”, fundamentalmente por el desempeño de otra de nuestras empresas (UTE), y a telecomunicaciones (ANTEL), pues explican un 1,1% del total incrementado. El resto lo explica ANCAP, y el sector agropecuario. Este último, único privado y con menor incidencia en el PIB, revela su evolución por la producción forestal, de soja y la ganadería.

En 2005 las actividades industriales del estado (Refinería, Electricidad, Agua y Telecomunicaciones) representaban solo 8% del PBI; en 2016 el 18%. En definitiva esas formas de producción de propiedad social, han dejado de ser mera infraestructura para el sector privado, para tomar vida propia y expandir de esa manera a la economía en su conjunto. ¿Y esto quien lo definió? ¿La macroeconomía acaso?, parece que la respuesta es un rotundo no.

El consumo de los hogares explicó la tercera parte del crecimiento por el lado de su destino. Otro 12% lo provino el consumo público. Las exportaciones bajaron, aunque más lo hicieron las importaciones, y en virtud del pobre desempeño del sector privado. Es que por más ganancias que obtuvieron en estos pasados años, sigue casi en su globalidad estancado. Por tanto, ya llegó la hora de una intervención pública mucho mayor; de una revisión profunda de los parámetros y el propio marco legal, así como un mayor control de las exoneraciones al capital. Claro que estos costos fiscales no son asunto de la “macroeconomía” y sus “equilibrios”, y a pesar de que sean parte del déficit fiscal estructural.

Todo lo antes dicho, no implica que no le demos importancia al déficit fiscal. De mantenerse en niveles elevados, concluiría incrementando el endeudamiento público, haciéndonos cada vez más dependientes. Por eso buscamos sus causas, que van más allá de una descripción contable y cortoplacista.

Nos referimos por un lado a aquel déficit que responden a políticas públicas llevadas a cabo, como el Fonasa y el sistema de exoneraciones a la inversión privada. Por otro lado, el sistema de seguridad social, donde se destaca la problemática de la Caja Militar, que deberá ser asistida financieramente en 2016 por un monto cercano a los 400 millones de dólares. Estas tres fuentes acumulan 1.200 millones de dólares, el 60% del déficit global. Sobre las tres debemos actuar. La reforma de la caja militar no admite más demora, la devolución de FONASA tendrá que ser revisada (100 millones repartido hacia los que mayores ingresos poseen); y sobre las exoneraciones ya planteamos antes su inevitable examen. Pero hay mucho más, atado también a la pregunta siguiente.

La pregunta del siglo

“¿No es posible otro modelo que le asegure un margen racional de rentabilidad al capital, pero que no signifique tanta injusticia en el reparto de los ingresos en el mundo? Esta es la pregunta de nuestro tiempo, el dar respuesta a esta pregunta va a significar menguar la tasa de acumulación fabulosa del Capital contemporáneo, y hasta que no entendamos esto, no entenderemos que las clases sociales no han desaparecido” Pepe Mujica (ídem anterior)

En la apariencia de los últimos acontecimientos, con el avance de la derecha más retrograda en EEUU, gran parte de Europa y América del Sur, no se ve hoy viable, un modelo redistributivo. Pero para no desaparecer, el capitalismo supo hacerlo en otros momentos históricos (después de la crisis del 29 al 33).

En Uruguay, aún tenemos posibilidades de continuar avanzando por la redistribución. No solo revisando exoneraciones, sino equilibrando además la carga impositiva a través del impuesto a las herencias altas, sobre el patrimonio u otras intervenciones que podrían pasar por la mayor producción de propiedad pública y/o colectiva. Pero, esa no será la suerte si en la política y la sociedad se arraiga la ideología de la macroeconomía y sus equilibrios.